

APEGO AL PODER SUPREMO

El Faraón de las Dos Tierras y Divino Padre Ay dejó ayer el reino de los vivos, víctima de un exceso de precauciones ante el temor pavoroso a ser envenenado.

Sencillamente, se murió de inanición. Desconfiando hasta la saciedad del general Horenheb, en constante lucha por el poder, se preparaba él mismo los escasos mendrugos de pan que admitía como alimentación segura.

Se aguarda una complicada tarea por parte de los funcionarios encargados de momificarlo en la Casa de la Muerte, ya que el cetro faraónico ha quedado incrustado en las enjutas manos de ¡AY!

La Esposa Real Akhesenpamun dejó entrever que, durante los últimos meses, no se había separado del cetro ni para dormir.

Fue tras la muerte del joven Rey Tutankhamón cuando llegó su ansiada oportunidad de proclamarse Faraón de las Dos Tierras.

Sus divinas y paternales palabras resultaron concisas para todo aquel que tuvo la oportunidad de escucharle:

“Cedería de buen grado el cetro al general si no fuera por una cuestión fundamental que lo desaconseja.”

“Amón me ha elegido como su representante en la tierra, por tanto soy ese elegido insustituible que habrá de soportar todo el peso del Estado. ¿Quién, si no posee mi holgada veteranía, podría asumir tan trascendental misión humana y divina? ¿Quién?”

Convencido el consejo de sabios y confortado el colegio sacerdotal de Amón con su recién recuperado poder teocrático, el Divino Padre no tuvo inconvenientes en asumir lo que él llamó cínicamente “la más ingrata de las tareas”.

Horenheb partió en campaña militar hacia la conflictiva zona de Amurru, en ese momento todavía bajo el débil influjo egipcio.

La frágil paz de la zona se encontraba amenazada por el constante avance hitita, por lo que el general trató de reorganizar el desaguizado político-exterior heredado del faraón herético Akhenatón, yerno de Ay.

Esta circunstancia permitió al Divino Padre ascender al trono y contraer matrimonio con Akhesenpamun, viuda de Tutankhamón, con la misma facilidad que se recoge una fruta madura tras caer por su peso del árbol generoso.

Ahora las tinieblas penden sobre Egipto en tanto no expire el periodo de luto, extensivo a setenta jornadas, tras el cual la luz volverá a vencer a los demonios de la oscuridad. Los escribas de Horenheb trabajan arduamente en la preparación de su discurso de investidura.

Nuestro infiltrado cuartelero ha conseguido resumir algunas de las declaraciones escritas en ese discurso:

“Horus me protege; bajo sus alas conseguiré llevar a Egipto a un nuevo período de esplendor, más allá de nuestras fronteras.”

“Velaré, mediante decretos reales, para que el orden de la justicia prevalezca sobre el caos de la injusticia.”

“Mi grandeza hará palidecer la memoria de los Thutmosis III, de su real tía Hatshepsut y de cuantos insignificantes reyezuelos portaron indignamente el cetro antes de mí.”

Desconocemos el alcance y trascendencia de las declaraciones del general, así como la decisión que tomará la viuda Reina Akhesenpamun respecto a la unión matrimonial planteada por tan valiente guerrero.

Parece ser que las relaciones entre ambos nunca pudieron calificarse de cordiales.

Tal vez la desconsolada viuda por dos veces pretende buscar marido entre los príncipes extranjeros, como apunta el servicio de inteligencia de Horenheb.

En todo caso, y previniendo posibles uniones indeseadas con potencias enemigas de Egipto, el general ha decidido vigilar las fronteras con atención, por si el intruso acude a la boda secreta con la Reina.

“Mi deber es velar por el bien del país. No permitiré bajo ningún concepto que la Reina Akhesenpamun contraiga matrimonio con un príncipe del Hatti. Hasta esos extremos podría llegar la traición a la patria.”

(Para confeccionar este reportaje ha sido necesario pagar algunas confidencias a precio de oro, paños de lino puro, objetos de cobre, estatuillas funerarias y jarras de cerveza, a la soldadesca disidente de las tesis del general.

Los fondos fueron cofinanciados a partes iguales por las prestigiosas agencias internacionales *Nilo's Press* y *Egiptólogos sin barreras*)

Reportaje de Rosita de Alejandría para *Ecos de suciedad*